

X

Histórico

porque aun cuando sean sus personajes fantásticos y de novela, no por eso les ha de estar aconteciendo algo notable todos los días, ni se han de aglomerar los sucesos, como en la comedia clásica, para conseguir aquellas tan imponentes unidades de tiempo, de acción y de lugar.

En cambio, tendrán nuestros lectores algo de historia; poco, pero lo bastante para que en este «entreacto», llamémosle así, no carezcan de la noticia de los acontecimientos más notables de la guerra de Independencia en el Sur de Michoacán, que van estando encadenados con nuestro romance.

di dedo de l'Uni edre la jerme del calpable.

La retirada de las tropas republicanas en Uruapan,

después de la toma de aquella ciudad, fué el principio de una serie de desgracias, que puede decirse que no terminaron sino con la última y mayor, que fué la muerte de Arteaga y de Salazar.

El general Pueblita, con una división, había llegado á San Juan de las Colchas, y se dirigía á Uruapan, al llamado del general Arteaga, cuando supo éste que una columna francesa avanzaba por el rumbo de Paracho.

Arteaga dispuso la evacuación de Uruapan, y avisó á Pueblita violentamente.

Pueblita, sin embargo, dejó su tropa en San Juan, y con una escolta llegó á Uruapan, cuando ya Arteaga había salido.

En vano los vecinos de la ciudad avisaron á Pueblita la aproximación del enemigo; en vano le exhortaban á salirse: él desoyó todas las advertencias, y se puso á comer tranquilamente.

El enemigo se precipitó por las calles de la ciudad; la escolta fué batida y dispersada, y el general, buscando la salvación en una casa vecina, fué herido de un balazo, y murió en el acto.

Entretanto, la columna que conducía Arteaga, caminaba en medio de las más horribles privaciones, buscando por la Tierra Caliente la salida de Huetamo.

Había necesidad de caminar de día y de noche, siempre en medio de furiosos aguaceros, ó bajo un sol abrasador: la estación no podía ser más desfavorable; era el mes de Junio.

Una columna francesa venía por Uruapan á la retaguardia; otra salía por un flanco, dirigiéndose por Ario y el Tejamanil, á cortar el camino de la Huacana, y otra, compuesta de belgas é imperiales, tomaba la vanguardia por Tacámbaro y Turicato.

Era precisa una grande actividad, y el ejército republicano logró atravesar por Turicato, cuando las fuerzas belgas estaban en la hacienda de la Loma, á pocas leguas de distancia, burlando las combinaciones del enemigo.

Los republicanos hicieron alto en la hacienda de San Antonio de las Huertas, durante algunos días, y en este tiempo el enemigo evacuó á Tacámbaro.

La escasez de recursos obligó á Arteaga á ocupar aquella plaza, á pesar de los constantes avisos que se tenían de que sobre ella se proyectaba una expedición, y que la salida de los belgas de allí no había sido sino una estratagema, un anzuelo para sacar á los patriotas de la Tierra Caliente.

Pero la situación era espantosa: podía preverse con seguridad, ó una gran derrota, ó una sublevación.

Las miserias, los trabajos, los grandes sufrimientos, habían exacerbado el ánimo de algunos jefes y oficiales, que creían encontrar el origen del mal, no en la situación misma, sino en el poco acierto de las disposiciones del general en jefe: se atrevían ya á censurarle, murmurando públicamente, alentados por personas que debieran haberlos calmado y reprimido.

Arteaga lo sabía y lo comprendía todo, y su limpio corazón se indignaba con aquellos rumores y con aquellas infames maquinaciones.

En este estado de cosas, un extraordinario llegó anunciando que el enemigo se aproximaba: aún había tiempo de retirarse, porque la tropa no estaba en estado de combatir, fatigada aún y enferma con su larga peregrinación; pero Arteaga conoció que éste habría sido el pretexto que buscaban los descontentos para promover una sublevación, después de la cual, la anarquía era lo único posible.

Determinó dar una batalla, y tomó posiciones en «Cerro Hueco», distante media legua al Sur de Tacámbaro.

Quizá sea ésta la acción más desgraciada del ejército liberal.

Por las razones que hemos indicado, ó bien porque aquel era un día fatal, las columnas enemigas se lanzaron á paso de carga sobre las fuerzas republicanas, y en menos de media hora todo estaba concluído; la infantería belga era dueña de la posesión, haciendo un gran número de prisioneros, y entre ellos muchos jefes, y la caballería imperial perseguía con encarnizamiento á los fugitivos.

El Împerio celebró este triunfo como definitivo de Michoacán; y en efecto, con excepción de algunas pequeñas partidas, todas las fuerzas del Ejército del Centro habían perecido en este encuentro fatal.

Pero vivían los jefes, y con ellos la fe.

La acción del Cerro Hueco tuvo lugar el 16 de Julio de 1865, y el 1.º de Octubre del mismo año, pasaba revista en Uruapan la primera división del Ejército, con mil quinientos infantes y dos mil jinetes. Tan cierto es que el patriotismo hace milagros.

La alegría y la esperanza habían vuelto ya á renacer; la más cordial y franca unión reinaba entre los jefes, y todo parecía anunciar una nueva era.

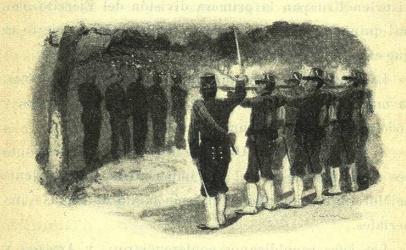
Se había pasado en Uruapan la revista, y llegó entonces la noticia de que el jefe imperialista Méndez venía de Morelia con una fuerte división mixta de belgas é imperiales.

Los jefes republicanos conferenciaron, y Arteaga y Salazar opinaron en contra del proyecto de dar una batalla en las llanuras inmediatas á la ciudad, que les propuso otro de los generales.

Se dió como razón el mal éxito de la batalla de Cerro Hueco, sin considerar que las circunstancias eran diversas.

Por fin, se adoptó el siguiente plan. Arteaga y Salazar con la mayor parte de la fuerza se dirigirían para Tancítaro y Santa Ana Amatlán, y la otra parte de la división haría su marcha por el flanco del enemigo para caer, sin que se sintiera su movimiento, sobre Morelia.

El objeto de la combinación era que de Morelia recibiera Méndez el parte de que la ciudad estaba amagada, en cuyo caso, lo natural era que volviese para protegerla; entonces la fuerza que había amagado á Morelia,



le saldría al encuentro, y Arteaga y Salazar le atacarían por la retaguardia.

Dios dispuso las cosas de otro modo.

La columna que debía amagar á Morelia, hizo su movimiento con tal rapidez y con tanto sigilo, gracias á los grandes conocimientos que de aquellos terrenos tenía el coronel Eugenio Ronda, jefe de la caballería, que muchos belgas de la guarnición fueron sorprendidos y hechos prisioneros en las garitas y en las calles, introduciéndose la confusión y la alarma en la ciudad.

Pero desgraciadamente, Arteaga y Salazar fueron sorprendidos en Santa Ana Amatlán por Méndez, que había seguido en su persecución, teniendo lugar esta desgracia cuando no era posible que el jefe imperialista tuviese noticia del ataque de Morelia.

Casi toda la fuerza cayó prisionera; y Méndez, después de pasados ocho días de la sorpresa, y cuando ya todos los que habían caído en su poder creían segura su vida, hizo fusilar en Uruapan, fundándose en la sangrienta ley del 3 de Octubre, á los generales Arteaga y Salazar, á los coroneles Villa Gómez y Díaz, y al presbítero Pérez, que acompañaba al coronel Díaz.

Horrible asesinato, que los periódicos mismos del Imperio no se atrevían ni á publicar, pero que valió á Méndez la banda de general, que le envió el ministerio de « la ley de 3 de Octubre ».

